

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

La vuelta al viejo socialismo

Del movimiento subversivo "comunista", no queda más que el recuerdo. Y ese recuerdo es la decepción para muchos y el cambio de frente para no pocos en la forma de apreciar el problema revolucionario. Entre los políticos del comunismo punto de partida: a la propaganda electoral, hasta su fórmula de la ciudad del proletariado pierde actualidad y se desvaloriza en la práctica de una lucha pacífica, en la que los trabajadores no ejercen ningún acto que sea un signo evidente de su potencia. Y, por lógica consecuencia, se vuelven a encontrar los extremos del marxismo y se efectúa de nuevo la conjunción de fuerzas reformistas.

Se está operando, con rapidez silenciosa, la vuelta al viejo socialismo. Y ese retorno, no previsto por los profetas "comunistas", tiene una excepcional importancia para el futuro desarrollo de nuestras ideas. Si "comunismo" coincide con el revisionismo, si reformistas y revisionistas practican el mismo sistema de lucha política y hasta aceptan el mismo medio (el Parlamento) ¿no es fácil definir en lo sucesivo nuestra propaganda revolucionaria de la política marxista?

Los comunistas autoritarios consideran que no es posible llegar al comunismo de un salto, sin detenerse en estados intermedios. Y afirman también, repitiendo los mismos argumentos de los reformistas y socialdemócratas, que sólo en la evolución del capitalismo a formas más perfectas y en el desarrollo mecánico de las industrias, está la realización plena del socialismo.

El bolchevique Radeck, uno de los principales teóricos de la secta leninista, dice que hay que volver por los fueros del socialismo puro. La creencia de ese ideal, consiste en volver a la vieja práctica parlamentaria y en aceptar las conclusiones económicas de Marx en lo que respecta a las funciones del capitalismo en el Estado socialista. Hasta el momento mismo que la República de los Soviets no haya sido reconocida por la coalición de los Estados capitalistas, no se habrá podido instalar en ella el socialismo "puro", dice Radeck.

Por socialismo puro entiende ese bolchevique, ese teórico de la ciudad del proletariado, el restablecimiento del capitalismo en Rusia que puede ser privado siempre del Partido Comunista mantenga su prevalencia en el gobierno del Soberano. Para Radeck, lo importante no es que la grande industria esté nacionalizada y que la pequeña industria sirva para favorecer el resurgimiento de la burguesía (especialmente la burguesía rural), sino "en



Nada de dictadura. Venga de arriba o se sostenga desde abajo, el poder siempre es odioso. Y la libertad hay que buscarla, no el triunfo del proletariado como clase gobernante, sino en la eliminación de las clases y de los gobiernos.

El sindicalismo debe ser la palanca de la revolución. Pero en la Anarquía está su firme punto de apoyo y sobre esa base ha de afirmarse para provocar el derrumbe de las instituciones actuales. Solo así será un hecho la emancipación integral del hombre.

que la clase obrera se adueñe del Poder y se asegure la posibilidad de proceder progresivamente y lentamente cuanto pueda ser a la socialización". ¿Cómo explica Radeck este verdadero galimatías? Diciendo "que el gobierno del Soviet no ha tenido más remedio que llegar a las socializaciones demasiado rápidas y demasiado generales, a causa de las agresiones capitalistas. Pero que en manera alguna se trataba de aplicar ninguna clase de programa comunista".

La declaración de este jefe bolchevique encierra una enorme enseñanza. Los jefes comunistas se vieron obligados a hacer concesiones a la masa en el período de agitaciones violentas a fin de ganar la revolución para su partido. Y esas "socializaciones demasiado rápidas y demasiado generales", fueron impuestas por el proletariado contra el criterio de los jefes que luego afirmaron su dictadura sobre las espaldas del pueblo ruso.

Frente a la nueva situación creada en Rusia por el partido gobernante, vencida la resistencia de los extremistas y agotada la energía del proletariado, los bolcheviques ensayan su nueva política económica.

Fueron fieles al socialismo puro en el primer período de la revolución o lo son ahora que tratan de reconstruir la economía capitalista? Antes hicieron concesiones a los revolucionarios extremos y ahora las hacen a los capitalistas. Pero es indudable que la política actual del gobierno soviético, está más de acuerdo con el socialismo puro que cuando los comunistas propiciaban la expropiación violenta y la socialización de la grande y pequeña industria.

Rusia no había llegado al desarrollo capitalista requerido, según los discípulos de Marx, para implantar el comunismo. Por eso la revolución fracasó, aseguran, como ensayo comunista. ¿Quiénes aseguran esto? Los mismos bolcheviques, dispuestos ahora a transar con los capitalistas, para que éstos, seguramente, lleven a Rusia a su máximo desarrollo económico. Y recién entonces, naturalmente, será posible implantar el comunismo...

La vuelta al viejo socialismo, pues, significa el abandono del primitivo programa comunista para comenzar de nuevo a tejer esa enorme tela de Penélope, comenzada por los bolcheviques y vuelta a deshacer por los mismos bolcheviques.

ARTE Y VIDA

Por un esnobismo romántico, el artista se ha dejado presionar por la absurda creencia que pretende colocarlo como un elemento fuera de la vida habitual. Voluntariamente se destierra y encastilla. Se cree un ser aparte, algo excepcional que no necesita alimentarse de los jugos humildes de la tierra, como las demás plantas, sino que sin contacto con nadie, puede vivir del aire y de los ensueños...

Y el público, por su parte, lo acepta así de buen grado... ¡También él cree en lo mismo, merced a las mismas razones!

Pero si el arte es el medio de expresar la vida ¿cómo hacerlo si no se participa de ella?

Los artistas del pasado vivieron la vida de todos los hombres. En sus obras tanto lo manifiestan, probándonos que son las virtudes humanas las bellas virtudes del artista... Porque solamente la lógica es poeta, mientras que la incoherencia es el carácter de lo que se ha dado en llamar espíritu burgués.

En la profundidad de los sentimientos, en una visión enormemente general de la naturaleza, se encuentra siempre el genio. En cambio, en la incompreensión de las leyes naturales y en el deseo de separarse artificialmente de sus semejantes, es donde se halla la mediocridad y la burguesía.

Eugenio CARRIERE

La moral de la Propiedad

La propiedad que nos debiera hacer libres, nos hace prisioneros. ¿Qué digo? Nos degrada, haciéndonos esclavos o tiranos unos de otros.

¿Se sabe, acaso, bien lo que es el asalariado? Trabaja bajo un patrón, celoso de sus privilegios así como de su autoridad y cuya dignidad consiste sobre todo, en no querer dar explicaciones y no condescender jamás en nada; que muchas veces no estima en su justo valor nuestro esfuerzo y os reprende y se enoja.

¡Triste condición la de estar obligado a estudiar sin cesar el pensamiento ajeno y no conocer otro estimulante que el pan cotidiano y el temor de perder el empleo!

El asalariado es un hombre al que el patrón, a quien le alquila sus servicios, podrá decirle: "Lo que tendréis que hacer, no es cosa que os atañe: nada tendréis que controlar, ni nada tenéis que contestar. Toda observación os está prohibida y no esperéis ninguna otra ganancia, aparte de vuestro salario; tampoco habréis de temer las censuras."

Así también se le dijo a los periodistas: Prestadnos vuestras columnas y si os conviene también vuestros servicios.

He aquí lo que tendréis que decir y he aquí lo que habréis de callar. Cualquiera que penséis de nuestras ideas, de nuestros métodos, de nuestros fines y de nuestros medios, defendad siempre nuestro partido y nuestras opiniones. Ello no os puede comprometer, ni os debe inquietar: el carácter del periodismo es el anonimato. He ahí, como honorarios, diez mil francos y cien suscripciones. ¿Os conviene?

El periodista, como el jesuita, contesta suspirando: "Es necesario que yo viva".

Se le ha dicho al abogado: "Este asunto presenta su pro y su contra; es una partida, cuyo albur quiero correr y por la cual necesito de un hombre de vuestra profesión. Si os conviene, bueno; si no os conviene, un colega vuestro será el rival; hay mil escudos si yo gano el proceso y 500 si yo lo pierdo".

Y el abogado se inclinó con respeto, diciéndole a la conciencia que murmuraba: "Es necesario que yo viva". Se le ha dicho al cura: "He aquí dinero para 300 misas. No es necesario inquietarse por la moralidad del difunto: es pro-

bable que no vea, nunca a dios, habiendo muerto en la hipocresía, con las manos llenas de lo ajeno y agobiado por todas las maldiciones del pueblo. Pero no es vuestro asunto. Nosotros pagamos y basta".

Y el cura, levantando los ojos al cielo: "Amén", ha contestado, es necesario que yo también viva".

Se le ha dicho a los proveedores: "Nos son necesarios 30.000 fusiles, 10.000 sables, mil quintales de plomo y cien barriles de pólvora. El destino que se le dará a esos materiales, es cosa que no os importa; es posible que pase a manos del enemigo, pero habrá 200.000 francos de beneficio". Está bien, contesta el proveedor: cada uno en su oficio. "Es necesario que todo el mundo viva".

Dad la vuelta a toda la sociedad y después de haber constatado el absolutismo universal, también reconoceréis la indignidad universal. ¡Cuánta inmoralidad en ese sistema de esclavitud! ¡Cuánta cobardía en todo ese maquinismo!

P. J. PROUDHON

("Las contradicciones económicas", tomo II, página 230).

A propósito de Emma Goldman

OTRA PORQUERIA COMUNISTA

(Para LA PROTESTA)

Verdaderamente el "comunismo"—idea humana de igualdad y de libertad por el cual los anarquistas luchan desde hace cincuenta años—aquí no entra más que de nombre. Como no entran tampoco en ciertas porquerías, que se cubren con el nombre comunista, tantos trabajadores partidarios sinceros y buenos de un ideal muy diferente al nuestro pero por sí mismo altamente respetable.

Y si muchos amigos comunistas serán heridos por nuestra protesta indignada, les haremos notar una vez más que, como siempre, no hacemos ahora más que defendernos, embotando la agenda malignidad, ultrajosa y difamatoria. No es nuestra la culpa si ciertos falsos apóstoles del "frente único" continúan con su fraseología superficial y pequeño-burguesa, vacía de ideas y sólo rica en giros deshonestos, lanzando entre el proletariado, que debiera estar unido, el veneno acre y disgregador de sus polémicas rencorosas y personalistas.

Nos referimos aquí a la última porquería que, para desacreditar a los anarquistas, publicó el *Comunista* de Roma, el 9 de mayo último, con el título *La obra de Emma Goldman, anarquista: de 15.000 dólares* — artículo que para edificación de los lectores se podría reproducir si no hubiera tanta escasez de espacio.

Emma Goldman, expulsada, después de una larga prisión, de los Estados Unidos y deportada a Rusia, su patria de origen, ha vivido allí durante más de un año. Acogida con simpatía por los bolcheviques, hizo los mayores esfuerzos por persuadirse de la bondad del régimen, para el cual, antes de llegar a Rusia había mostrado mucha indulgencia, a pesar de sus ideas anarquistas. Pero poco a poco vio caer todas sus ilusiones.

El error inicial de confiar al Estado la guía de la revolución tenía sus frutos nefastos cuanto inevitables. La crítica anarquista al concepto estatal de la revo-

lución era confirmada por los hechos, más allá de lo previsible. La Goldman no ocultaba ni en público ni en privado sus impresiones dolorosas; razón por la cual fué molestada por la "Checa" y el gobierno ruso no encontró nada mejor que hacerla viajar por los lugares más lejanos posible, con el encargo de recoger material para el museo de la Revolución.

En diciembre de 1921 la Goldman, junto con otros, pidió los pasaportes al gobierno de Moscú para ir al Congreso Internacional Anarquista de Berlín, que debía empezar el 25 de ese mes. Algunos compañeros rusos, en vez de los pasaportes, se vieron, con pretextos estúpidos, encarcelados. La Goldman, con Berkman y Schapiro, pudieron partir, pero los agentes de la "Checa" hicieron de modo que en la frontera fueran arrestados, impedidos de proseguir hasta Berlín y expulsados a Suecia. En Estocolmo la Goldman reemprendió su trabajo periodístico para varios diarios y revistas anarquistas, publicó llamados de socorro para los anarquistas presos en Rusia, etc.

Ultimamente escribió una serie de diez artículos sobre Rusia para un diario burgués democrático de los Estados Unidos el *New York World*. En estos artículos muy serios e importantes — que cualquiera de nuestras editoriales haría muy bien en traducir y publicar en opúsculo — la Goldman habla como anarquista y como revolucionaria. Considerando que el tiempo del silencio ha pasado y se puede decir la verdad sin peligro de favorecer a los enemigos de la revolución, ella lo dijo. Pero advierte que es necesario no confundir al partido que gobierna a Rusia con la revolución rusa. La crítica anarquista al gobierno es hecha en interés exclusivo de la revolución misma.

Ahora el *Comunista*, con una fraseología grosera tomada de las expresiones dialectales napolitanas, fabrica una estúpida correspondencia de Nueva York contra la Goldman. Pero no cita ni siquiera un solo argumento de esta, no discute

ninguno, y, sobre todo, no desmiente, no niega ninguno de los hechos narrados por la Goldman. Toda la crítica "dialéctica" del diario comunista romano consiste en ataques personales contra la Goldman, en insolencias vulgares, que quieren ser espirituales y son solamente cretinas, y en insinuaciones jesuíticas y difamatorias sobre la vida de Emma Goldman en América antes de ser expulsada a Rusia. Según el *Comunista*, la Goldman en América habría "vivido continuamente como una reina".

El más grande argumento contra la Goldman es que ella ha recibido 15.000 dólares del diario americano por sus artículos. El órgano de la difamación comunista habla de esto como de un "se dice" oído de imaginarios admiradores de la Goldman. Sin saber nada todavía, apostamos a que se trata de una inflación fenomenal. Pero es cierto que estos artículos habrán sido pagados, porque todos los diarios burgueses y también los comunistas dictatoriales pagan a sus colaboradores. Los grandes escritores del "comunismo crítico" lo saben bien; porque antes de ser pagados por su obra periodística por el "potente" partido comunista, es decir, antes de abrir tienda periodística por cuenta propia, muchos de ellos escribían para los diarios burgueses. Y no escribían gratis.

Nosotros, lo decimos enseguida, no vemos con mucha simpatía la colaboración periodística subversiva en los diarios burgueses, especialmente sobre cuestiones de polémicas internas entre los diversos partidos proletarios y revolucionarios; como tampoco vemos con simpatía a los obreros albañiles, también subversivos, construir cárceles, a los herreros cerrojos y esposas, a los obreros de los arsenales y a los mecánicos construir naves de guerra y confeccionar armas, etc. Pero en plena sociedad burguesa la intransigencia en la vida práctica no se puede aplicar con un simple orden del día! Y aunque el caso de Goldman no entra siquiera en esta especie de consideraciones puesto que ella no es periodista en las dependencias burguesas, sino una escritora que ha escrito ocasionalmente, con plena independencia de juicio, sobre un dado argumento, *sólomente lo que cree ser la verdad*, en perfecta coherencia con sus ideas, sin embargo hubiéramos preferido que hubiese escrito para un diario anarquista sus impresiones y no para un diario burgués.

Si esto era preferible, no obstante, moralmente nada se le puede reprochar a la Goldman por haber hecho lo contrario. Ella no ha desmentido la verdad ni sus ideas para dar placer a los patronos de diario; y, por consiguiente, la implícita acusación que le hacen los escribas lamepieda del gobierno ruso cae en el ridículo. Por lo demás el desinterés y la sinceridad de Emma Goldman son conocidos desde hace más de treinta años en el mundo anárquico, revolucionario y obrero, especialmente en Inglaterra, en Estados Unidos y entre los emigrados rusos.

Pero lo que hace rugir de rabia a nuestros adversarios es precisamente su persuasión de que la Goldman dice la verdad y habla con sinceridad. ¡La ultrajan, porque es mucho más fácil decir insolencias que desmentir verdades que hoy todos conocen! Estén tranquilos los fariseos del periodismo moscovita. Si Emma Goldman hubiese querido mentir y convertirse sólo un poquito a la teoría del hecho cumplido, no hubiera tenido

que mandar sus artículos a un tan lejano diario de América!

La compensación por un trabajo periodístico *ad usum delphini* la habría encontrado mucho más cerca. Y quizá no otros leeríamos hoy los artículos de esta "inteligente" anarquista en el *Comunista* como leeríamos los artículos de esa periodista de... anarquista de doble cara que Víctor Serge.

El corresponsal de... Nueva York no conforma con tomársela con la Goldman. Ataca también a Schapiro (a quien en América nadie conoce) y Berkman, como gente que goza allá de una fama merecida. Ignora, por ejemplo, que Alejandro Berkman ha pasado muchos años su juventud entera, en las cárceles de los Estados Unidos por haber demostrado con hechos y no con charlas ser un revolucionario.

Se habla en el *Comunista*, probablemente inventando, de silbidos rusos americanos a la Goldman en un mitin de Nueva York. Explíquenos el incauto corresponsal por qué la única organización sindical americana con tendencias avanzadas y sobre el terreno de la lucha de clases, la *Industrial Workers of the World*, ha rechazado la adhesión a los sindicatos rojos moscovitas. En cuanto a los rusos, es precisamente en un periódico de anarquistas rusos de lengua hebrea de Nueva York donde se publican artículos sobre el bolchevismo y sobre el gobierno de Moscú mucho más asperos que los de Emma Goldman. Estaría bien traducir alguno...

Que la propaganda anarquista les haya hecho romper los huevos en la cesta a los aspirantes dictadores de los varios países, que caía en todas partes han visto huírseles las esperanzas de la propia hegemonía de parte sobre todo el conjunto del movimiento obrero, esto puede darse. Pero deducir que así los anarquistas han hecho "un servicio al capitalismo", como dice ese tal de... Nueva York, es presunción excesiva. Como en Rusia la revolución no es la misma cosa que el gobierno así en los varios países el movimiento obrero y revolucionario no se identifica en modo alguno con el partido comunista. Los obreros pueden también seguir escusamente a los comunistas de Estado moderar sus entusiasmos por los dictadores de Moscú, pero en todas partes que dan, como nosotros, solidarios con la revolución rusa contra las burguesías de los Estados que tienen sobre el cuello sin términos medios.

Es retórica ridícula, que habla de acuerdo en casa del ahorcado, la del *Comunista* que se hace escribir de... Nueva York que es culpa de los anarquistas las masas se han desmoralizado cuando parecían en la aurora del renacimiento y fueron así lanzadas atrás en la reacción, etc. ¡No joroben! Por lo menos debieran estar callados estos de Italia puesto que si el "advenimiento histórico proletario" fué, en 1919-20, siempre tergado, de ello son responsables en conjunto, más bien en su mayor parte, los dirigentes comunistas del partido socialista de entonces. ¡Séame testigo Gennaro! Las críticas anarquistas al bolchevismo no entraron para nada...

Después, oh, después nuestras críticas no tenían más nada que desmoralizar. Y además, las críticas de convicción ideales sinceras, apoyadas en la proclamación de la verdad, jamás han desmoralizado a nadie. Es la mentira la que desmoraliza, sea cuando calumnias, sea cuando

NOTAS

El mercenario Stewart

He aquí un súbdito de Lloyd George que terminó pronto su carrera. Se enganchó como mercenario del gobierno paraguayo y no alcanzó a cobrar su estipendio; se le partió el eje en la primera jornada.

Más vale así. Y no es que nos aegremos por la muerte de un mercenario más o menos, es que su muerte salvó a quien sabe cuantos pobres paraguayos que iban a ser destrozados infucamente desde las nubes...

Aclaremos: no los salvó él, se salvaron porque a este inglés mercenario se le acabó el mundo antes de comenzar el bombardeo aéreo que le encomendara su amo, el presidente Ayala.

"No era ciertamente su afán mercenario el que llevó a este joven piloto a morir". ¡Ah, no; era su afán patriótico! ...Porque no era su afán mercenario su puesto al servicio del gobierno. ¿Cómo no se ofreció a los revolucionarios? En que el afán patriótico siempre busca el sol que más calienta...

Hay sobrados motivos para que nos regocijemos porque a este súbdito de Lloyd George se le haya partido el eje.

El primero es porque, como decimos, su caída salvó a quien sabe cuantos paraguayos que iban a ser volados con el bombardeo. Y el segundo es que... siempre conviene que desaparezcan estos mercenarios de peligrosa catadura. Hoy se había puesto al servicio de Ayala contra los revolucionarios de allá; seguramente que mañana, si a nosotros se nos ocurriera un levantamiento contra el gobierno argentino, este mismo bárbaro nos escupiría fuego desde las nubes.

Y ya contamos con uno menos...

Entre bandidos

Así como se informa: llovió tantos milímetros, la prensa de gran tiraje ca a noticia siguiente:

"Un bandido persa llamado Simoe ha proclamado la república kurda, asumiendo la presidencia de ella."

Y el país de los kurdos (no de los "curdelas") es muy respetable en terrerrio y también en habitantes. Esa república debe ser, por lo tanto, una extensa y bien poblada región.

El bandido Simoe — la noticia agrega que, además de presidente, se ha proclamado jefe de 35.000 hombres armados — es, como puede apreciarse, un bandido al por mayor. No asalta en los caminos para hacerse dueño de una bolsa bien repleta; asalta pueblos enteros, se adueña territorios extensos y arrea con sus habitantes para estrellarlos contra las tropas de otros bandidos. Obra exactamente como todos los gobiernos, disfrutando únicamente en el modo de hacerse gobierno, ya que la mayoría usan medios menos violentos — la boleta electoral, el trapicheo político, etc — Pero en el fondo, la cosa es una misma. Tan bandido es ese sentido es ese Simoe como el Sha de Persia y como Ebert o Lenin.

Se dice también que a Simoe se le acopló Mustafá bajá, ex ministro de guerra turco, otro bandido. Y entre ambos se proponen despojar al Sha, arrebatarle el trono como se le arrebató la bolsa al caminante.

Si estos bandidos prosperan en su empresa, dentro de poco tiempo serán señores; habrán ganado el título a fuerza de asaltos y despojos, es decir, caballerescamente. Todos los bandidos han adquirido honra y provecho marchando por ese camino. Hazte bandido al por mayor y verás. Pero ¡cuidado! si no logras proclamarte emperador, rey o presidente, corre el riesgo de que te fusilen por corto.

Ser bandido al por menor es caer en la delincuencia, perder la honra y... es pellejo.

Los muchachos grandes

Los argentinos que tienen, generalmente, tan mal concepto de los curas y demás cosas de la iglesia, ¿qué pensarán de su futuro presidente, que anda en Italia a los argentinos, pensará que ma tragando hostias y besando sotanas?

Cualquiera que solo conozca superficialmente el presente caso estos van a descalficar a aquel. Y nada menos cierto; nosotros, que los conocemos, podemos asegurarlo. Los argentinos son unos muchachos grandes, hijos de la contradicción: de lo mismo que rien hacen un culto.

Alvear también los conoce y sabe lo que hace cuando baja hasta el pesebre del Papa y le besa las posaderas... Los argentinos lo aplauden desde aquí hasta romperse las manos. Es que estos muchachos grandes, como han ido a la escuela, saben de memoria el manual del cretino; y esto los hace aptos para razonar a la inversa, es decir, para creer en lo que no creen y para aprobar lo que no entra en su ánimo.

Hay una información, que debe haberla dado el "valet de chambre" del futuro mandatario, la cual dice del recibimiento que le hará el Papa al finlito Marcelo: será conducido desde el Quirinal hasta el Vaticano en las carrozas de oro del papado, los aurigas irán vestidos de gala con las insignias y los colores papales, toda la cucarechería que sirve a Pío XI se pondrá en movimiento para recibirlo; en suma, una demostración que ni el más fraílón de los reyes europeos la obtuvo.

Y a los argentinos se les cae la baba de gozo. "¡Cuánto vale nuestro futuro presidente!" — exclaman. Pero si en ese momento ven pasar un fraile tocan fierro. ¡Muchachos grandes... y cretinos hasta la otra vereda!

SABER y COMPRENDER

Toda criatura humana experimenta la necesidad irresistible de saber y comprender. Pero esta necesidad no es la misma para todos. Algunos se contentan con saber muy pocas cosas y de comprenderlas a duras penas, mientras otros, en cambio, son ávidos de conocimientos y desean comprender todo lo que here su entendimiento.

Pero como "saber y comprender" son dos términos que se aplican a todos los hechos y gestos humanos, es necesario que, para percatarnos de su sentido íntimo, lo consideremos de acuerdo con algunos casos particulares.

Para vivir razonablemente, humanamente, inteligentemente, gozando de una buena salud, el individuo necesita: "Saber pensar y comprender lo que piensa;

"Saberse alimentar y comprender por qué;
"Saberse instruir y comprender lo que estudia;
"Saber trabajar y comprender la utilidad del trabajo;
"Saber divertirse y comprender sus distracciones;
"Saber odiar y comprender el odio;
"Saber amar y comprender el amor".
No diremos nada acerca de la primera de esas proposiciones: "Saber pensar y comprender lo que se piensa", porque Sebastián Faure ha tratado magistralmente ese tema, llegando a la conclusión de que saber pensar, es el primer y principal juego de todo militante.

"Saberse alimentar y comprender por qué", es comer y beber sin exceso, de manera de evitar las indigestiones y las borracheras. Es, además, escoger entre todos los alimentos, los más nutritivos y, sobre todo, preferir los alimentos naturales a los manufacturados, industrializados o conservados.
Con los alimentos sanos, el cuerpo se halla en perfecto estado de salud, los órganos funcionan normalmente y el cerebro tiene más facilidad para asimilarse los conocimientos.

"Saber instruirse", es discernir entre el farrago de fórmulas, en el laberinto de las locuciones y el artificio de los autores, los pasajes de verdadero valor, las ideas originales y las tesis apenas desfloradas.

De un libro conteniendo 400 páginas, a veces una decena, una veintena, son verdaderamente instructivas, las demás para poco sirven. Sobre esas páginas es donde debemos detenernos, meditar, intentando comprender el pensamiento del autor, así como la influencia que ejerció en su época.

Comprender todo lo que se lee o estudia, he ahí el secreto de la instrucción. Aquel que se contenta con leer mucho sin reflexionar demasiado, podrá adquirir un barniz general que será todo lo vistoso que se quiera, pero le será de muy poco provecho.

"Saber trabajar y comprender lo que se hace" es también de una importancia capital. Y claro está, no es poner la careta antes de los bueyes, sino trabajar con un sentido de orientación en cualquier tarea. Y como lo dijo D'Avray en una de sus canciones:

"Travail facile ou besogne tres dure N'ont de valeur qu'en leur utilité".
O dicho en castellano, trabajo fácil o tarea dura, no tienen más valor que por su utilidad.

Para un anarquista o un revolucionario, "saber trabajar y comprender lo que hace" equivale a rehusarse a ejecutar cualquier labor que no tenga una utilidad evidente para él y sus camaradas de infortunio y también hacerle comprender a los demás esa concepción tan simple y natural.

"Saberse divertir y comprender sus distracciones", es, después de haber concluido con el trabajo útil a sí mismo y a los demás, otorgarle un descanso a los músculos y al cerebro paseándose, asistiendo a espectáculos interesantes, visitando los museos, leyendo bellos poemas o recreándose de mil otras maneras.

"Saber odiar y comprender el odio", es sentir una profunda repulsión por todo lo que es causa de miseria y sufrimiento, tanto para nosotros como para los demás.

Saber odiar, es combatir por todos los medios las causas de nuestros males: luchar contra las autoridades; ya militares, religiosas, políticas, económicas, sociales o familiares que quisieran someternos, esclavizarnos y mutilarnos para sus fines abstractos, como instituciones, y en detrimento de nuestra personalidad. Comprender el odio es ir contra los hombres de presa que necesitan del poder para satisfacer sus apetitos monstruosos. Esos hombres, no son más que el producto de un medio social podrido, y es destruyen-

cuando ilusiona, porque cuando la inevitable verdad se abre camino precipita a los ilusos en el desaliento y en el escepticismo. ¿Pero es acaso la conferencia de Génova, con las zalamerías de Tchitcherin al rey, la que ha moralizado "revolucionariamente" al proletariado?
Para justificar la persecución a los anarquistas rusos, el anónimo del *Comunista* lanza fango sobre ellos y dice que son "anarquistas individualistas, que han llegado a decir y escribir que por su yo pisotearían el cadáver de su propia madre" La canalla que escribe esto por qué no precisa? Y por lo demás ¿qué tienen que hacer con estos hipotéticos sedicentes anarquistas Goldman y los anarquistas presos en Rusia que, en su gran mayoría son comunistas anarquistas y sindicalistas, y algunos hasta son miembros de los soviets?
La verdad es que en Rusia el gobierno bolchevique persigue a todos los anarquistas, pero prefiere perseguir más "en carne propia" a los no individualistas. Si hace alguna excepción, para salvar algunas apariencias, la hace precisamente a favor de los renegados o de los sin criterio y los confusionistas, que son los únicos anarquistas o sedicentes tales que en Rusia son favorables a la distadura. Por ejemplo, pertenece a la categoría de los anarquistas del yo, de que habla el *Comunista*, precisamente uno de sus magnos colaboradores: el llamado Victor Serge, más conocido en los ambientes anarquistas o pseudo anarquistas del moralismo parisiense con los nombres de Kilbatchiche y Le Retif.

Continúen, continúen nomas los ricos aliados del comunismo dictatorial moscovita esparciendo el veneno de la calumnia, de la difamación y de la injuria gratuita contra los anarquistas.

Nosotros preferiremos — lo repetimos por la milésima vez— *conservar nuestras discusiones y disencamientos con los comunistas sobre el terreno leal de las ideas, de los programas y de los hechos objetivamente acertados.* Esto ayudaría mas nuestra propaganda; sería más útil a causa de la revolución rusa y de la revolución internacional; y ayudaría sobre todo a esa fraternidad de relaciones que sería tan necesaria entre las fracciones políticas italianas...

Pero nosotros no pertenecemos a la categoría de esos beatos que se castraron por el reino de los cielos! Si nuestros adversarios comunistas autoritarios prefieren continuar con la especie de "dialéctica" usada hasta aquí, encontrarán siempre pan para sus dientes. Con esta conciencia: que nosotros al defendernos no tenemos necesidad de mentir como ellos atacarnos, y a sus charlas difamatorias podemos siempre responder con argumentos basados sobre los hechos.

Continúen, y lo verán.

Luigi FABBRI
Bologna, mayo 1922.

La sonrisa es una de las formas más sencillas y más automáticas de la hipocresía, y a la cual acompañan a menudo agudezas, las chanzas, la penetración, sobreentendidos; tiene un arsenal completo de armas insidiosas y brillantes, con las cuales los hombres de este siglo tartufo defienden su propia vanidad, se ríen sin matarse, y se muerden hacerse sangre. — P. MANTEGAZZA.

dad de los que están colocados bajo sus órdenes: es inhumano y fatal, y es por eso que somos anarquistas, es decir, partidarios de la supresión de toda subordinación de un individuo a otro individuo y de la instauración de una sociedad que asegure a cada ciudadano, hombre o mujer, el goce práctico de la libertad.

La prostitución, en el sentido literal de la palabra, no puede ser suprimida enteramente más que en una sociedad libertaria.

En Rusia, en el estado actual de cosas, la prostitución del arroyo, la más horrible, ha sido barrida, pero es evidente que el jefe de oficina, el director de empresa, el comisario o el chequista: el que puede distribuir los bonos de prioridad, cualquier clase de favores o pronunciar castigos, tiene tendencia, bajo una forma más o menos brutal, a hacer intervenir el peso de su función en sus asuntos de sentimientos y en la satisfacción de sus deseos. Por otra parte, la mujer, que ha conservado aquí, como en todas partes su mentalidad venal, no vacila en servirse de sus encantos y de sus seducciones para obtener un empleo privilegiado o un mejoramiento de su suerte.

Es así como había, en algunas habitaciones de *Dielo-void-Dvor*, jóvenes de empleo indeterminado, vagamente secretarias de alguno, vestidas con túnicas *moiré* de alguna princesa difunta y a quien no faltaban ni el polvo de arroz ni el perfume; se podía, poniendo un poco de indiscreción, encontrarlas comiendo manjares prodigiosos: cajas de sardinas o confituras llegadas de lugares misteriosos y desconocidos para los simples mortales.

Esas habitaciones estaban pobladas de hermosas mujeres, porque sólo la belleza es susceptible de renovar el milagro, realizado sólo por Jesús de Nazareth: la multiplicación fabulosa de los panes y los peces.

En el país de la miseria ¿qué mujer rehusaría sus besos por una caja de conserva?

Había corrido en nuestro hotel el rumor de que teníamos chocolate. ¡Chocolate! "esperanza suprema y supremo pensamiento". Jamás habíamos tenido tan agradables visitas. Nuestro cuarto era el lugar de citas de todas las hermosas de *Dielo-void-Dvor*.

¡Chocolate! ¡Por Belcebú! Una hija de Eva se daría al diablo por una pastilla de chocolate. Y sea dicho sin adularnos, nosotros no éramos demasiado horribles diablos. La desgracia fué que nuestro chocolate no era más que un sueño antiguo: hacía más de un mes que habíamos liquidado la última pastilla. Sin embargo, al ver tantos ojos claros y tantas bocas ávidas, hemos lamentado no haber traído de Stetin al menos un vagón.

El ejército

Yo estaba en prisión cuando tuvo lugar la gran revista ofrecida a los delegados de la *III Internacional*. No la he conocido más que por una de esas discusiones apasionadas que mantenían a menudo Raymond, Lefebre y Lepetit.

—Es admirable, decía Lefebre.

—Es abominable, decía Lepetit.

Y los dos me tomaban por testigo.

—Un desfile que ha durado cinco horas, decía Lefebre, el desfile de un ejército moderno, ordenado, disciplinado. El orden, el método, la fuerza. El proletariado antimilitarista convertido, por el genio de sus jefes y por su propia voluntad, en un ejército rojo de cinco millones de hombres, equipado, armado a la moderna, dispuesto a defender con toda su fuerza las conquistas de la revolución. He ahí lo que hemos visto y he ahí lo que encuentro admirable.

—Un desfile que ha durado cinco horas, decía Lepetit, el desfile de un ejército moderno con sus oficiales, sus suboficiales, sus banderas y su disciplina; el proletariado mugriento pero militarizado, puesto en fila por sus guarda-chusmas. Los saludos militares, el paso de parada y la "orden de la bandera roja". No el pueblo en armas que se levanta para defender sus conquistas, sino el militarismo que renace, la casta militar que se afirma y domina, el espíritu de cuartel que maltrata. Una revista del 14 de julio en honor de los embajadores que somos nosotros. He ahí lo que hemos

visto y he ahí lo que encuentro abominable".

Así hablaban mis dos camaradas. ¿Quién tenía razón? Es evidente que, para defender la revolución era preciso un ejército y he dicho ya en otra parte el esfuerzo extraordinario realizado por Trotzky para dotar a la república de los soviets de un ejército rojo capaz de resistir a las invasiones. ¿Puede existir un ejército moderno, realmente fuerte, sin disciplina? No lo pienso.

Por otra parte, es igualmente evidente que todas las reformas obtenidas por la revolución de octubre: soviets de soldados, elección de los oficiales, voluntariado, han desaparecido poco a poco.

Se han restablecido los saludos a los oficiales, la subordinación absoluta a los órdenes superiores y se ha creado la orden de la bandera roja para recompensar los servicios extraordinarios. Lo que es, realmente, poco comunista.

El servicio militar obligatorio, la instrucción militar obligatoria de ocho a diez años, un código militar contra la insubmisión, la desertión, la indisciplina, tan severo como el código militar de no importa qué nación capitalista, todo esto no es propio para alejar los temores de ver restablecerse una casta militar profesional o el espíritu militarista.

Hallé estos temores no sólo en Lepetit sino en comunistas notorios.

Asistí a dos manifestaciones militares. La primera era una fiesta en honor de la nueva promoción de comandantes rojos, en el campo de *Cucu rojo*, cerca de Moscú.

Era una fiesta militar como todas las fiestas militares, los nuevos oficiales tenían un aspecto y una disciplina semejantes a la de los cadetes de Saint Cyr. La única diferencia consistía en que en lugar de tocar la *Marsellesa*, los músicos tocaban la *Internacional*. Se pronunciaron varios discursos. Recuerdo el de Sadoul.

"Camaradas, dijo en resumen. Sois soldados como todos los soldados y jefes como todos los jefes; recibiréis órdenes que deberéis ejecutar sin discutir, daréis órdenes a los que os será necesario exigir la ejecución en iguales condiciones. Pero no sois un ejército de pretorianos, no sois los soldados de César, sois los soldados de la revolución. Es para servir al proletariado y no a los sueños ambiciosos de un Napoleón que vosotros habéis aprendido el oficio de las armas. He oído a menudo, a mi alrededor, expresar el temor de que pudiérais convertirnos en una potencia de opresión en manos de algunos, pero eso no puede ser. Tengo confianza en vosotros. Sois los hijos de la revolución y es sólo para serviría que habéis vestido el uniforme".

Este discurso me había impresionado. Lo pensaba durante el lunch que se nos ofreció y el concierto que siguió al lunch no logró desvanecer en mí las palabras de Sadoul: los alumnos oficiales vestidos de actores representaban obras en que se ridiculizaba a Koltchak y a Wrangel, pero en las que se exaltaba también las virtudes militares, el espíritu de disciplina, la obediencia ciega y el respeto absoluto hacia los jefes.

Y en los coches traquetantes que nos llevaban por los campos incultos, bajo la luz pálida de la luna, en medio del paisaje fantasmagórico, yo tenía no sé qué visión del ejército revolucionario transformándose, como todos los ejércitos, en una fuerza para asegurar, ciertamente, la integridad de las fronteras y la seguridad del territorio, pero también, y sobre todo, para doblegar al pueblo y hacerle entrar, de grado o por fuerza, en el "orden" establecido por los dictadores.

Esto era en la plaza Roja, un día 6 de octubre. Trotzky debía pasar revista a tres mil cadetes que partían para el frente de Wrangel.

La muchedumbre es mantenida por cordones de tropa, sobre todo el círculo de la inmensa plaza, pero nuestros "pro-pusk" de delegados nos permitían llegar a la tribuna oficial. Trotzky llega en automóvil. El general comandante va a saludarle con la espada, las tropas forman el círculo y presentan las armas; tres banderas de música tocan la *Internacional*. Después Trotzky, que viste uniforme de general, según su costumbre, pasa la revista seguido de todo el estado mayor. Sube luego sobre una pequeña tribuna y

pronuncia con su voz penetrante, un discurso oficial semejante a todos los discursos que pueden pronunciar los ministros, ante las tropas.

Después comienza el desfile.

Los oficiales van a la cabeza, los cadetes marchan a paso de parada, paso singular que consiste en levantar las piernas sin mover los brazos. Se diría que son monigotes de madera. Al pasar cerca de nosotros, vuelven la cabeza con un movimiento automático. Trotzky grita: ¡Hurrah! con una voz estentórea, los oficiales saludan con la espada, los soldados responden: ¡Hurrah!, las banderas tocan marchas guerreras: *Ave Cesar imperator, morituri te salutant!*

El desfile termina por un escuadrón de caballería tártara de uniformes brillantes, de caballos ricamente enguadrapados. Trotzky grita aún: ¡Hurrah!, después dirige al general comandante las felicitaciones usuales, estrecha la mano a los delegados presentes y sube en su auto, mientras que las banderas le saludan con la *Internacional* y más lejos la milicia hace circular al pueblo que trita bajo sus harapos.

Acabo de releer la página que precede. Es una simple descripción sin literatura y sin filosofía, es un relato sumario y objetivo. ¿Para qué agregar más? Las reflexiones que hiciera podrían ser tallas, los hechos son verdaderos. No digo que el lector, si es verdaderamente humano, encuentre placer al leer el relato de estos hechos, pues yo confieso no haberlo hallado al verlos.

"Es admirable", decía Raymond Lefebre.

"Es abominable", decía Lepetit.

¡Escoged!

Tchicherin

Durante mi permanencia en Moscú pedí una audiencia a Tchicherin. Me hizo contestar que me recibiría en su casa a media noche. ¿Media noche! ¿Sería para cometer un crimen, o para bailar un cotillón? Inquirí. Me fué confirmada la hora de la cita.

En compañía de Clement y de los dos diputados alemanes Doemig y Criespian, me presenté en el ala del inmenso hotel *Metropole*, donde está instalado el Comisariado de Negocios extranjeros.

Tchicherin representa uno de los tipos más puros de la nobleza rusa; es decir, que la noción del tiempo le es desconocida.

Nos habían contado de él muchísimas historias. La más importante para nosotros era la de olvidarse sistemáticamente de sus visitantes y de dejar que se mustiaran en la antesala. Refamos a carcajadas de lo que le ocurrió a un delegado austriaco.

Tchicherin le había recibido; pero llamado bruscamente de urgencia por un mensaje, se excusó: "Voy a la sala de radios a expedir un telegrama; vuelvo en seguida", dijo. El delegado esperó pacientemente. Estaba tranquilo, ya que en el mismo salón colgaban de una percha el sombrero y el gabán de Tchicherin.

Pero las horas pasaban, y con la ayuda de la fatiga y del calor, el delegado se quedó dormido y no despertó hasta la mañana siguiente. Miró a su alrededor: Tchicherin no estaba en el salón, pero seguían en la percha el sombrero y el gabán. Con una paciencia meritória, el comunista austriaco esperó todavía largo tiempo. Sin embargo, hacia el mediodía decidió informarse. Un empleado le dijo que el Comisario había salido hacia más de dos horas. "Seguramente — añadió — os ha olvidado".

—Pero — exclamó con estupor el delegado — su sombrero y su gabán están aún en el despacho.

—Entonces — replicó tranquilamente el delegado, conocedor de las costumbres de su jefe — es que el Comisario ha olvidado también su sombrero y su gabán.

Lo inverosímil de la historia es que es verdadera.

Nosotros no tuvimos esa desgracia. Tchicherin nos recibió a las dos de la madrugada.

Tchicherin es un noctámbulo. Es también un anacoreta y un fenómeno. Llega al despacho hacia las siete y no abandona su mesa de trabajo hasta el día

siguiente a las dos de la tarde. ¿Cuándo come? ¿Cuándo duerme? Nadie lo sabe. Diríase que su cuerpo está exento de las necesidades vulgares.

Sus colaboradores no, cesan de maldecirle; y es que él se imagina que todos los hombres tienen una constitución como la suya y que, puesto, que él es capaz de trabajar toda una noche en mangas de camisa en una habitación sin fuego, con una temperatura de diez grados bajo cero, no hay ninguna razón para que sus secretarios tengan frío.

El calor, el hambre y el sueño son necesidades de un orden inferior. Tchicherin se nutre con las relaciones de sus agentes y se calienta con el entusiasmo revolucionario. Su secretario Khanakhan va en automóvil y él a pie.

En las frías jornadas de octubre, embutido en una peliza, cubiertas las manos con piel de carnero, me metía, no sin escalofríos, por las sombrías y glaciales escaleras del *Metropole*, para esperar en el despacho de mi amigo Pascal.

Alguna vez encontraba un señor en mangas de camisa, descubierta la cabeza, con un tapabocas al cuello, que, con aire atareado, cargado de papeles, me sacudía copiosamente.

Al reconocerme se sonreía, diciendo mientras me tendía la mano: "Excusadme, camarada, pero tengo una prisa horrible". Y desaparecía en el laberinto de corredores oscuros a pasos pequeños y precipitados. Era el ministro de Negocios Extranjeros de la República de los Soviets, que cumplía los deberes de su cargo.

Se podía pensar que semejante original no estaría a gusto entre diplomáticos parsimoniosos y protocolarios y que produciría algún escándalo.

Pero al acercarse a Rapal, Tchicherin comprendió que le sería imposible conservar su gorra bolchevique y se puso un sombrero de copa, en verdad un tanto crojo y pelado; no es fácil, de primera intención, vestirse como M. de Fiquiere y navegar como Lloyd George.

El día, que no tardará ya mucho, en que el gobierno de los soviets sea reconocido por todos los gobiernos capitalistas como un igual, si no como un hermano, veréis que Tchicherin vestirá como todo el mundo, jugará al golf como Lord Curzon, se volverá gandul como Briand, juerguista como Viviani, bestia como Barthou y que después de algunas conferencias, el bolchevique del cuchillo entre los dientes será invitado a bailar un *schimmy* en el Eliseo.

MAURICIUS.

Justicia distributiva

Durand, tendero de comestibles, comparece ante el tribunal de justicia por haber despachado generos adulterados.

Presidente. — Durand. El Laboratorio ha comprobado que vuestro chocolate es un compuesto al que sobre tanto óxido de mercurio y tierra roja como le falta soconusco.

Durand. — Sí, señor presidente.

Presidente. — Vuestro café está fabricado con hígado de caballo asado al horno, polvo de madera de caoba y caramelo; vuestras lentejas las conserváis con sulfato de cobre; vuestra manteca no es más que grasa coloreada con plomo; y en cuanto a la cerveza, es una mezcla de belladona, cabezas de adormidera, datura de estramonio y ácido pterico. ¿Es exacto todo esto?

Durand. Exacto.

Presidente. — ¿Ignoráis que esos venenos son, en su mayor parte, por extremo violentos?

Durand. — ¡Diablo! ¡Ya lo creo! La cerveza sobre todo. Yo no bebería ni un vaso de la que vendo por todo el oro del mundo.

Presidente. — ¿De modo que habéis obrado con negligencia y conocimiento de causa? (Durand se retuerce el bigote socarronamente). ¿Qué tenéis que alegar en defensa vuestra?

Durand (con arrogancia). Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho a poner trabas a los negocios, que ya van demasiado mal.

A pesar de esta elocvente defensa, el

FIGURAS REVOLUCIONARIAS

EL FUNDADOR DEL "FREIHEIT"

= JOHN MOST =

Los camaradas que han leído los escritos de este infatigable propagandista, especialmente el folleto "La peste religiosa", el cual ha sido traducido a todos los idiomas, querrán conocer algunos detalles de la vida aventurera y completamente dedicada al proletariado de su autor.

John Most nació el 5 de febrero de 1846 en la ciudad de Aüsburgo — Baviera — siendo hijo de un funcionario subalterno. En el invierno de 1853-54, todavía niño, a causa del frío se le formó un hemón en la parte izquierda de la cara, que, por no haber sido atendido a tiempo, requirió una intervención quirúrgica, quedando desfigurado para toda la vida. Ya más tarde pudo disimular esta fealdad de su fisonomía dejándose crecer la barba. A la edad de diez años perdió su madre, una mujer muy inteligente, quien puso especial cuidado en la educación del hijo. El padre casó en segundas nupcias y la madrastra no tardó en hacerle insoportable la vida al joven Most. Este, para escapar a la tiranía de la casa paterna, se empleó con un encuadernador, cuando todavía no había llegado a los 14 años. Allí empezó a conocer Most lo que era el trabajo y la explotación del hombre por el hombre. Su patrón le hacía trabajar de sol a sol, no concediéndole casi ningún asueto. En invierno su tarea no cesaba hasta entrada la noche.

En esa época, Most sueña ingresar en el teatro, pero a causa de su semblante horriblemente desfigurado, es rechazado, sumiéndole este rechazo en una tristeza profunda.

Violento de carácter, reconcentrado por

Tribunal usando de su severidad acostumbrada, condena a Durand a cincuenta pesetas de multa y los gastos del juicio.

El Tribunal de Justicia procede seguidamente al interrogatorio de un malhechor acusado de envenenamiento.

Presidente. — ¿Entonces confesáis haber disuelto una caja de cerillas en la comida de vuestra suegra?

Acusado. — Media caja nada más.

Presidente. — ¡Sca! Gracias a un concurso de circunstancias, que yo calificaría de providenciales, vuestra infortunada víctima ha escapado a la muerte; pero la intencional criminal y la premeditación estaban manifiestas. ¿Tenéis algo que alegar?

Acusado. — Únicamente que estoy dispuesto a pagar la patente.

Presidente. — ¿Qué patente?

Acusado. — Una patente de tendero de comestibles, viñatero, pescadero... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente mueve la cabeza). De ese modo se me castigará con cincuenta pesetas de multa y los gastos del juicio.

Presidente. — Acusado, no agravéis vuestra situación con bromas de mal gusto. El Tribunal, estimando los buenos antecedentes del acusado, le condena nada más que a veinte años de trabajos forzados.

Acusado (filosofando en su prisión). Tratad de envenenar a una sola persona. Envenenad mil y se os multará en cincuenta, y se os condenará a veinte años... cuenta pesetas... Diez mil y se os condecorará... "Para tener éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande".

Miguel THIVARS.

todos los sufrimientos ya padecidos, Most, adolescente aún, era todo un carácter, al cual no se le amedrentaba con palabras ni con castigos.

En ese tiempo existía en Baviera una ley que obligaba a los jóvenes a transcurrir toda la tarde del domingo en la iglesia. Most, después de algún tiempo, se rehusó a obedecerla, arrastrando consigo a varios camaradas y produciendo así en su ciudad natal, una pequeña revuelta. Por ese hecho fué puesto en prisión durante 24 horas, y condenado a sufrir la pena de azotes.

Pero al poco tiempo, habiendo terminado su aprendizaje, Most emigró para el extranjero, viajando a pie por Italia, Suiza, Alemania, Austria-Hungría, etc. Con poco dinero y un gran deseo de instruirse y conocer países desconocidos para él, muchas veces tuvo que dormir sin más abrigo que sus escasas prendas y sin más techo que el "augusto palio estrellado de los cielos", como él mismo le llama, recordando esos tiempos de vagabundaje, de penurias y de dichosa libertad.

Su primera manifestación, desde el punto de vista social, se remonta a mayo de 1869, año en el que pronunció un discurso en un mitin que se celebró al aire libre en Viena. La violencia del lenguaje que empleara le valió un mes de prisión.

El 2 de marzo de 1870, fué detenido otra vez en Viena, acusado de "alta traición" y condenado a 5 años de reclusión agravada con un día de ayuno por mes. Una amnistía le otorga la libertad con otros 93 presos políticos en febrero de 1871. Millares de obreros, esperaban su salida de la cárcel, y fué llevado en andas por la multitud, celebrándose un mitin gigantesco, en que se le designó para hacer una gira de conferencias en toda la monarquía.

Al regresar a Viena a fines de abril, la policía le significó su expulsión.

Vuelto a Alemania, Most empieza a actuar en el movimiento más radical, no dejando de hacer una apología entusiasta de la Comuna de París que se desarrollaba en esa época. El 3 de junio de 1871 asumió la dirección de un diario en Chemnitz — Sajonia — trabaja día y noche, atrayéndose varios procesos. El 26 de enero de 1873 fué condenado a 8 meses de prisión a causa de un discurso que pronunciara en público.

En enero de 1874, fué electo diputado al Reichstag, pero durante todo el período legislativo no pudo obtener la palabra, que le fué sistemáticamente rehusada. Por un discurso que pronunciara el 18 de marzo del mismo año sobre la Comuna de París, fué encarcelado, condenándosele a 18 meses de prisión. Apenas en libertad, publicó un diario en Berlín e hizo una gira de conferencias por todas las ciudades de Alemania y de Suiza.

A consecuencia del atentado de Hoedel contra el emperador de Alemania — 11 de mayo de 1878 — Most fué otra vez condenado a 5 meses de cárcel. Por consejo de sus amigos abandona Alemania para dirigirse a Londres, y más tarde a los Estados Unidos. En Londres funda el primer diario anarquista de lengua alemana, el "Freiheit" — enero de 1879 — el cual ejerce una honda influencia en el movimiento revolucionario de su tiempo. De paso por París, Most llegó a estrechar amistad con Victor Dave, un discípulo de Proudhon. Se vuelve a encontrar con él en Londres, y, bajo la influencia de su amigo, evoluciona rápidamente hacia el anarquismo.

El "Freiheit", habiendo celebrado con profunda alegría el atentado contra el zar Alejandro de Rusia — marzo de 1881 — Most fué detenido y condenado a diez meses de trabajos forzados. Merten y Schwefin, continuaron, entre tanto, publicando el diario durante su detención,



"TREGUA" -- Por Romeo Costetti

pero a raíz de numerosas confiscaciones, se decidió transferirlo a Suiza.

Puesto en libertad Most, fué invitado por numerosos camaradas a ir a los E. Unidos a realizar una "tourné" de conferencias. Tuvieron éstas un resultado tan eficaz, que al poco tiempo, se constituyeron numerosos grupos anarquistas, fundándose, luego, una poderosa federación.

A raíz del atentado de Hay-Mar Ket acaecido en Chicago — 4 de mayo 1886 — y el atentado de Czolgosz en Buffalo contra el presidente Mac Kinley, Most fué detenido y condenado a largas penas de cárcel que purgó en los presidios de Blackwell-Island, no haciéndose diferencia alguna en ese "país democrático" entre los penados por delitos políticos y los de derecho común.

A pesar de todas esas persecuciones, la "Freiheit", cuya publicación Most había reanudado, continúa apareciendo. Debido a su lenguaje franco y mordaz a menudo, vehementemente, ese diario fué una de las pesadillas más inquietantes y molestas para todos los gobiernos y también para los narcotizadores sociales y demócratas, quienes detestaban cordialmente a ese revolucionario ardiente y convencido.

Most murió el año 1906, en los Estados Unidos, aunque su recuerdo no se ha borrado de muchos corazones y sirve hoy más que nunca en sus gestas, en sus obras y en el ejemplo de su vida heroica y bella, que, como la de los héroes homéricos, aun encadenados y torturados por los buitres de la reacción, supieron mantener encendida la antorcha de la libertad y de la rebelión.

Fué de los que habiendo consagrado su vida a una causa, no cesaron nunca.

Y su muerte de luchador y militante fué como la de los astros que arden en la inmensidad de los cielos, devorados por las llamas que ellos mismos provocan. Su espíritu fué así pues, generoso y noble; sólo ardió por la Idea y por la causa más humana y excelsa que hayan presenciado los siglos: la redención

del proletariado, que durante el curso de la historia ha cambiado muchas veces de amos y de cadenas, pero nunca de su condición de esclavo.

L. L.

Los dos compañeros

Dos jóvenes se paseaban por un bosque cuando, de pronto, descubrieron un oso que al parecer los seguía cautelosamente. Uno de ellos, delgado y ágil, se trepó al árbol más próximo y sin cuidar de del compañero trató de ocultarse dentro entre las ramas.

El otro, grueso, pesado, no pudiendo imitarlo, se tendió en el suelo y retentaba la respiración para pasar por muerto. El oso se le acercó, lo olfateó, pero, quién sabe por qué no le hizo daño alguno y se alejó lentamente.

Cuando la fiera estuvo lejos bajó el otro de su escondite y preguntó riendo su compañero:

— ¿Qué te decía el oso al oído?
— Me decía: ¡que el que abandona a un amigo en el peligro, es un cobarde!

León Tolstói

Conozco el derecho de la paz, que consiste en cumplir la palabra; en que todos los hombres gocen de los derechos de la naturaleza; pero desconozco el derecho de la guerra. El código del asesinato me parece una imaginación extraña.

VOLTAIRE

Reminiscencias de León Tolstoy

Bajo este título apareció, hace algún tiempo, un pequeño libro de Máximo Gorky, que fué de inmediato traducido al inglés, consiguiendo pronto gran circulación y animados comentarios en Inglaterra y Estados Unidos; la revista "España" publicó luego en castellano una serie de capítulos extractados del mismo y traducidos del inglés.

Según se desprende del prefacio, el contenido del libro consiste en notas fragmentarias tomadas por Gorky en Crimea, en una época en que su residencia no estaba muy lejana de la de Tolstoy. Tiene el libro un marcado interés, porque muestra, con nueva luz la personalidad del profeta de Yasnaya Poliana; especialmente nos hace comprender lo ridículamente falso, o por lo menos totalmente unilateral, que es la opinión corriente que presenta a Tolstoy como un apóstol encerrado en su fe religiosa. Por el contrario vemos, a través de Gorky, al hombre lleno de dudas que dolorosamente marcha por el mundo en busca de un Dios que colme sus ideales, pero con demasiado sedimento de ironía, sin embargo, para dejarse llevar por cualquier religión o aun para llegar a detener su inquietud un instante en la convicción de creer en Dios o de haberlo encontrado: un nihilista quizá (el más profundo de los nihilismos, originado en una desesperación infinita, como dice Gorky), pero nunca un creyente pasivo, un hombre de convicciones dogmáticas.

Publicamos ahora una nueva versión castellana de algunos fragmentos de esas reminiscencias, procurando caracterizarla por una completa fidelidad al pensamiento, aun a costa de la pérdida del estilo personal de Gorky; los párrafos que se leerán, llenos todos de una gran sinceridad y rectitud y a veces de una vívida imaginación, son los que mejor pueden introducir en el pensamiento de un hombre que fué precisamente grande porque, lejos de encerrarse en una fe dogmática, tuvo la clara sensibilidad de percibir en todo su valor cada una de las contrarias corrientes de pensamiento que acuden a la Humanidad en su hora actual.

Con mucha frecuencia sostenía Tolstoy largas conversaciones conmigo. Vivía en Gaspra (Crimea) y yo iba siempre a verlo y también él tenía mucho gusto en visitarme. He leído todos sus libros con cuidado y con cariño — así me parece al menos — y tengo entonces derecho a expresar los pensamientos que me ha sugerido. Aunque se aparten de lo común, aunque difieran grandemente de la opinión general, estoy convencido como el que más, que nunca existió un hombre que como él merezca tanto el nombre de genio, que nunca existió un hombre tan complejo, tan contradictorio, sin embargo tan hermoso siempre y en verdad, en todas las cosas. Hermosa era en un cierto sentido especial, amable e indefinido. Había algo en él que siempre sublevaba en mí un deseo de gritar por todas partes y a todo el mundo: "¡Ved qué hombre tan maravilloso vive entre nosotros!"

...Lo ví una vez como quizá nadie lo ví jamás. Iba hacia Gaspra a visitarlo; caminaba a lo largo de la costa y en el borde mismo de la barranca, entre las rocas, divisé su figura angulosa envuelta en desaliñadas ropas grises y llevando un sombrero arrugado. Estaba sentado en el mentón entre las manos — las cebras argentinas de su barba jugaban entre sus dedos — y con los ojos dirigidos hacia el mar, hacia lo infinito. En frente tanto las pequeñas olas verdes veían remoloneando hasta sus pies como si pidieran ser mimadas o como si quisieran, por encima de ellas mismas, con darle alguna historia al viejo profeta.

Entonces, de repente, en un instantáneo frenesí, creí sentir — cómo si fuera realizable de un momento a otro! — que el viejo Tolstoy pudiera levantarse que llevando en alto sus manos hiciese que el mar se helase y se convirtiera en

vidrio. En tal estado las rocas principiarian a moverse y a rugir y todas las cosas en su rededor, dotadas de un injunjo viviente, gritarian y hablarían de sí mismas en mil diferentes idiomas y de él y en contra de él. No hay palabras para describir mis emociones de ese instante — emociones, no pensamientos. Me sentí maravillado y aterrado, pero luego todo se fundió en una feliz idea: —"Yo no seré un huérfano en el mundo mientras en el mundo viva este hombre".

Entonces, con cuidado, evitando el más mínimo ruido, me volví atrás, dejándolo en sus pensamientos. Y ahora que me siento huérfano escribo y lloro; jamás en mi vida he llorado con tanta amargura, tanta desilusión y tanta desesperación.

No sé si lo amaba, pero ninguna importancia tiene saber si lo amaba o lo odiaba. Lo cierto es que siempre levanté en mi corazón impulsos fantásticos, inmensos.

...Tenía unas manos maravillosas, en nudadas por gruesas venas y sin embargo llenas de una expresión peculiar y de un gran poder creador. Leonardo da Vinci debió tener probablemente unas manos semejantes. Con tales manos es posible hacer cualquier cosa. Algunas veces, mientras hablaba, movía sus dedos y poco a poco los cerraba hasta formar el puño; entonces de golpe los abría y al mismo tiempo lanzaba una expresión de importancia. Parecía un Dios; no Yahve, ni un dios olímpico, sino uno de esos dioses rusos "que están sentados en un trono de plátanos, bajo un dorado árbol de tilo" y aunque no tan majestuoso podía ser más sagaz que todos ellos.

...En su diario, que me permitió leer, fui sorprendido con este extraño aforismo: "Dios es mi deseo".

Hoy, mientras le devolvía su diario, le pregunté por el significado de tal expresión.

—"Un pensamiento incompleto", me dijo mirando el papel con ojos entreabiertos. "Posiblemente querría decir "Dios es mi deseo de conocerlo... No, no es eso..." Y se echó a reír y enrollando sus papeles los arrojó en uno de esos enormes bolsillos que lleva en el saco.

Con Dios está Tolstoy en esa posición indefinida de la fábula rusa de "dos osos en un mismo corral".

...Aunque habla mucho de sus temas inevitables, uno siente que mucho más allá es lo que deja por decir. Lo que hay en su interior nadie puede saberlo. Debe tener pensamientos que a él mismo lo conmueven de miedo.

...Sobre el budismo y sobre Cristo habla siempre en un lenguaje sentimental. Especialmente pobre es su conversación sobre Cristo: no hay entusiasmo. Ni vigor en sus palabras y hasta carecen de una pequeña chispa de pasión. Se me ocurre que considerara a Cristo como un ingénuo, que más merece nuestra compasión y, aunque algunas veces lo admira, no puedo creer que lo ama. Hasta parece temer que si Cristo llegara a una aldea rusa aún las mismas doncellas del villorrio se le reirían en la cara.

Alguien le envió una vez una excelente composición sobre el eterno tema de la crucifixión de Cristo. Le resultó una gran alegría poder leer el cuento a Suler y a Chekhov. Y la lectura era simplemente maravillosa. Le agradaba con especialidad una parte en que se describe a los diablos torturando a los teratientes y habla en esta alegría suya algo que me disgustaba. Este hombre no puede carecer de sinceridad, pero resulta tanto peor si es sincero.

Luego dijo: —"Este cuento muestra cómo los mujiks son capaces de narrar las cosas. Todo allí es simple. Pocas palabras y muchas emociones. La verdadera sabiduría no es verbalista".

Y sin embargo el cuento era brutal.

...Le agrada anonadar a las personas con preguntas difíciles y traicioneras. No se le puede mentir... Es esta la insolencia de un gigante. El espectro de Novogorod, Viaska, Buslayev, solía jugar estas malas partidas en su juventud. Recurre a todas las trampas, aprovecha todas las oportunidades como si tratara de probar una rencilla. Todo esto es sin duda muy interesante; sin embargo no me gusta nada. Es él un diablo y yo apenas un chico y por eso debería dejarme solo.

Un día le pregunté: ¿Estás de acuerdo con la opinión de Pozdnyseev de que los médicos han matado y están matando miles y centenares de miles de hombres?

—Tienes mucho interés en saberlo?

—Mucho.

—¡Pues entonces no te lo diré!

Y se echó a reír jugando con los enormes dedos de sus manos.

...Dijo una vez: "He de decir la verdad sobre las mujeres cuando tenga ya un pie en la sepultura. La diré, saltaré en seguida al cajón y dejaré caer la tapa. Y ¿qué podréis entonces hacerme vosotros?"

Mientras tanto nos miraba con tanto atrevimiento que todos quedamos silenciosos por largo rato.

...Habla mucho y ligero sobre las mujeres, como cualquier novelista francés, pero siempre con esa grosería del campesino ruso que tanto desagradó me produce. Hoy le preguntó a Chekhov:

—¿Has sido muy disoluto en tu juventud?

A. P. (Chekhov) se puso a reír en forma embarazosa y, frotando su barba, dijo algo incoherente. Y L. N. (Tolstoy), mirando hacia el mar, confesó:

—Yo era un incansable...

Lo dijo en un tono penitente, usando al final de la frase una picante palabra campesina. Y por vez primera me di cuenta de que empleaba esa palabra con toda naturalidad, como si no conociera otro término más apropiado. Y todas esas palabras, viniendo de sus espasmos labios, sueñan simplemente, ordinariamente, perdiendo en alguna parte la gro-

sería y la suciedad.

...He aquí otra de sus expresiones: "El Calif Abdurakham tuvo catorce días felices en su vida, pero yo, seguramente, no he tenido tantos. Y todo ello porque nunca he vivido — no puedo vivir — conmigo mismo, con mi alma, sino que he de vivir para las apariencias".

A. P. Chekhov me decía: "No puedo creer que no haya sido feliz". Pero yo sí lo creo: no ha sido feliz. Pero lo que no es verdad es que haya vivido "para las apariencias"... El daba a los hombres, como a mendigos, todo lo que podía ahorrar...

...Estoy profundamente convencido de que, además de todos los asuntos sobre los cuales habla constantemente, hay muchos otros que se reserva, sobre los cuales nada dice ni aun en su diario, y que probablemente no los revelará jamás a persona alguna. Este "algo" se filtra en ciertas conversaciones, pero sólo en forma muy sutil; se le puede encontrar en los dos cuadernos de notas que nos dió a L. Sulerzhetsky y a mí para leer. Se me ocurre que es algo así como una "negación de todas las afirmaciones" — el nihilismo más profundo y más vicioso, originado en una desesperación infinita e inamovible y... en la soledad, probablemente jamás sentida, antes de este hombre, con claridad tan terrible.

...Me hace recordar a uno de esos peregrinos que toda la vida van moliendo el globo con sus bastones, recorriendo miles de leguas de un monasterio a otro, de un lugar sagrado a otro, terriblemente desamparados y sin comunidad alguna con nada ni con nadie. El mundo no es para ellos. Dios tampoco es para ellos. Por hábito le dirigen oraciones, pero en lo más recóndito de sus corazones le odian.

...Yo, que no creo en Dios, lo observo por ciertas razones con mucho cuidado; con algo de temor lo miro y pienso: "Este hombre parece Dios".

Máximo GORKY
Traducción de Severino Boecio.

LA CELOSIA

—Es mi secreto, me dijo ella por fin. Y ya que eso le inquieta, mi querido amigo, le explicaré esta noche el motivo por el cual jamás consentí en casarme.

Su pregunta es más afectuosa que el silencio de los demás — silencio en el que leo a veces tantas reticencias ofensivas. Nadie, en efecto, ignora la fortuna de mi familia y cuando una moza rica no se casa, casi siempre es por culpa o de su orgullo, o de su ambición o de su fealdad, o de sus hábitos: hipótesis estas en las que el mundo tiene una libre elección para juzgar mi caso, cuando caritativamente no adopta las cuatro juntas.

No obstante, créame, no rehusé a ninguno de mis pretendientes, por algo que les fuera personal. Todo lo contrario. Y es que el marido, el hombre o el amante legal o lo que usted quiera, me tiene arredrada con una especie de terror pánico que apenas si ahora se va extinguiendo con la ayuda de mis cuarenta años que me protegen como una coraza.

Pero me temo que no se explique bien estas mis palabras porque, desgraciadamente, mi historia no es la vulgar historia de un amor infeliz. No, no lo es, porque jamás amé. Envejecí muy pronto y fué en una noche, cuando apenas tenía diez y siete años.

Escúcheme: No es muy largo lo que le voy a relatar, y tal vez le será difícil comprender cómo el conocimiento

de un hecho tan banal, tan común, haya podido despojar mi vida de todas sus futuras alegrías.

Trátase de un caso policial común, semejante a esos que diariamente se leen en la tercera plana de casi todos los diarios. Por lo menos, así me figuro los dos personajes que tomaron parte en el lance. Y si mi vida solitaria fué perturbada por frecuentes escalofríos débese a que yo presencié, y con mis propios ojos, a dos pasos de distancia ese horrible "hecho de sangre".

Pero estoy segura que oyéndolo como se oye una anécdota, usted no sentirá lo que sentí yo en esa lejana noche de mi vida.

La Sta. N... descansó la frente sobre su mano y comenzó, fijos los ojos en el tapiz sin jamás levantarlos:

Hace veinticinco años habitaba yo con mi madre en una vieja casa a la sombra de Saint-Sulpice. Casa simple, sin patio, sin cuartos para criados, con todas las ventanas dando a la calle, calle calma, silenciosa, como una alameda en plena floresta.

Una noche, — en lo más fuerte del verano, — en mi cuarto hacía un calor abrasador que no me dejaba dormir. Abrir la ventana era correr riesgo de despertar a mi madre. ¿Qué hacer? Después de una hora de insomnio me levanté, calcé las chinelas y descendí a la sala.

¡Ah! pero déjeme explicarle bien la disposición de esa sala. En otro tiempo la casa había poseído un jardín al frente; ese terreno, vendido a otros, fué expropiado por la Municipalidad para rectificar el alineamiento. Una ventana de dicha sala abríase a un rincón obscuro, misterioso, que los picos de gas de los faroles municipales nunca llegaban a iluminar.

Al entrar en la sala comprobé que se habían olvidado de cerrar los postigos y que apenas si las celosías estaban entornadas.

Sofocada por la calor y sintiéndome casi desfallecer, subí hasta el pretil de la ventana. Me agarré de los pestillos de las celosías y con deleite respiré la deliciosa frescura de la noche. Esa fué la única sensación de placer que experimenté entonces, según lo que recuerdo.

No habían aún transcurrido unos minutos que ahí me encontraba cuando vi que del lado de la calle se aproximaban un hombre y una mujer hacia ese rincón sombrío y recatado. El, era uno de esos operarios de ocasión, que si trabajan una semana, hacen fiesta un mes, buen mozo y vestido con cierta elegancia. Ella, la reconocí casi en seguida, era una muchacha de unos quince años de edad, a quien mi madre había socorrido repetidamente y que hacía poco dejara el orfanato donde estuvo recluida. Vestía unas sayas demasadamente cortas para su talle y una blusa ceñida, que dejaba al descubierto un cuello gracioso de niña anémica, mal alimentada. Llevaba la pequeña mata de pelo rubio atada a lo alto de la cabeza con un gran moñazo. Su compañero la agarraba por los hombros le susurró:

—¿Aquí, ¿quieres?
Ella respondió con voz desfallecida:
—Dejemé!, dejemé!

Por el tono de su voz comprendíase que ella ya había proferido esas palabras unas docenas veces desde el restaurant donde viniera.

Pero el hombre insistió:
—Veamos, pequeña, tú dijiste que sí. Ya ves que consentiste. No puedes variar de un momento a otro tu modo de pensar. Lo que está dicho, dicho está. ¿No es cierto? Aquí nos hallamos bien, por lo tanto, ¿cuál es el motivo por el cual no quieres?
—No; aquí no, aquí no.
—Diablo de muchacha, en qué lugar quieres. Tú no tienes dinero, yo tampoco, por lo tanto, es imposible que alquilemos un cuarto. Si quieres ir hasta las fortificaciones vamos... Pero tendremos que andar una hora...

Ella hizo señal que no. El hombre comenzó a impacientarse.
—Títine, mírame bien de frente. ¿Gustas de mí o no gustas? Porque si no gustas yo tengo otras, ya lo sabes.
La pequeña se desató en sollozos. Y lloraba tan fuerte, tan hondo apoyada a la celosía en que yo me apoyaba que me parecía escuchar los sobresaltos de aquel triste corazoncito perturbado.

—Es verdad, gusto mucho de usted, —decía ella— mas no para eso, para eso no. Yo no sé cómo decirlo, pero eso no me parece verdadero amor. Gusto de usted porque usted es bueno y gentil conmigo, porque me habla de un modo diferente de los demás, porque me halló satisfecha y feliz cuando lo veo llegar. Gusto de usted para abrazarlo y besarlo, y eso es lo que quisiera hacer todas las noches, siempre, siempre. Pero desde el momento que me comenzó a hablar de esas cosas, no, definitivamente no quiero, no lo deseo, principalmente

con usted... Eso parece "real"...
El hombre sacudiendo los hombros, comenzó a echar ternos:
—¡Diables de chiquilla! ¡El infierno la trague!

Y dijo otras cosas peores, imposibles de repetir.

Después sacando de la cintura un cuchillo... un cuchillo grande como una espada; clavólo en la celosía a la altura de mi pecho y dijo en voz baja y amenazadora:

—Por fin sé quien eres! ¡te conozco! Si te resistes te destrippo.

La muchachuela se encogió toda. Hubo una escena atroz.

La calle estaba absolutamente desierta y un silencio tamaño como el que hace en pleno campo. Ni siquiera el rumor de la ciudad se escuchaba.

¿Qué hora serían?
Tal vez las dos de la madrugada.

El barrio todo estaba adormecido, sólo yo y aquel casal; ellos en lucha, y yo, espectadora aterrorizada de esa lucha.

Tan próxima se hallaba a mí la pobrecita que fácil me hubiera sido tocarla con un dedo. ¡Y cómo resistía! Con un vigor y una energía imposible de imaginar en esos frágiles músculos.

Habíase curvado en arco, con la cabeza baja, arqueándose como un animal acuciado, luchando con las manos, con los dientes, con los pies, con las rodillas...

Y eso duró una porción de tiempo, más de lo que podría suponerse.

Hasta que, al último, como en la canción griega que por fin Caronte subyuga a la pastora: al fin, ella también fué vencida.

Batió entonces los aires con los brazos abiertos y agarróse a una cosa que estaba clavada en la celosía.

Ella ignoraba lo que era ¡pobrezuela! Ignoraba que era el cuchillo y con la mano armada por el azar, repelió una vez para siempre a su agresor, que la torturaba el cuerpo y el alma.

¡Ah! La carne humana nada es. Es algo blando que al primer golpe cede.

El cuchillo entró por un lado de la garganta y salió por el otro.

Un gran chorro de sangre. A los dos lados del cuello dos arterias enormes manaban sangre como si fueran fuentes vivas...

Un chorro de sangre proyectóse contra la celosía y vino a mojar me desde la cintura.

El hombre, degollado, con los ojos fuera de las órbitas, abrió una boca horrible, de la cual no se escapó ni un suspiro.

Mas cuando cayó de frente, desamparado, fué ella, la asesina, quien retrocediendo en el silencio enorme de la calle, soltó tres grandes gritos de pavor...

¡Ah! Aquellos gritos de muerte! Nunca oí nada más espantoso en la voz humana.

¿Qué pasó después? Poco le debe importar, ¿no es cierto?

Mi madre, despertándose en sobresalto y encontrando mi cama vacía, llamó por mí, buscando por toda la casa hasta llegar donde yo estaba, al pie de esa ventana llena de sangre, que al principio juzgó mía.

Una larga pausa. Luego, la Sta. N... repuso:

—Ahora ya sabe usted por qué el marido, el amante legal o ilegal, el hombre, en fin, me tuvo arretrada con un terror pánico que nada pudo vencer, ni esta terrible soledad, que va marchitando mis años con una estéril lentitud y que es el peor de los martirios...

P. L.

La Palabra

Hablamos con frecuencia bastante mal, porque los hombres no hemos llegado todavía a un acuerdo sobre el valor de las palabras. Diríase que no hemos tropezado aún con la única, tal vez, que debemos pronunciar, y que todas las conoidas y las posibles, por algún tiempo no son ni serán sino ensayos y tanteos para llegar a ella.

La poesía, es así el esfuerzo más poderoso de la inteligencia para llegar a decir lo único que debemos decir. Un espíritu advertido, poco accesible a la generalidad de los hombres, Mallarmé, el poeta menos poético y el más consciente de los poetas franceses, ha dicho sobre la palabra más que todos los que han hablado de ella, porque no reconoció más palabra para el hombre que aquella que todavía no existe.

Para aquel profesor de lengua inglesa, y aquel maestro de los poetas de hoy, el verso no era tanto una medida del sentimiento, como una cantidad de iniciaciones para una palabra que todavía no existe, que los hombres no conocen aún, pero que necesitan sin sospecharlo. Hay composiciones de este gran ouzo en las profundidades de la gran kábala, que jamás dirán a los lectores superficiales algo que pueda comprenderse. Serán, para éstos, baboteos idiotas como los diálogos de un Maeterlinck, o los pensamientos de un Novalis. Son palabras medidas, renglones desiguales, sin más alma ni soporte, al parecer, que un ritmo numérico, algo como el alambre por donde corren las cuentas en un abaco.

Y el verso ha de ser así: las iniciaciones para una palabra, si la poesía no es más que la fórmula de una iniciación superior; si el poeta, el verdadero poeta, es como ha dicho Emerson: "el gran decidor del universo".

Una sola palabra habrá de bastar en lo futuro para decirse todo entre los hombres, así como no nos basta hoy una sola para expresar y decir lo que pensamos. El silencio del sabio y su economía en el discurso, es una aproximación a la única palabra.

Toda la conversación de un hombre no es más que una palabra, una palabra no pronunciada, no conocida, verdaderamente inefable. El discurso más largo del mejor orador, la obra más voluminosa del escritor más reputado, es también una misma palabra que no ha podido decir ni escribir ninguno de ellos: un verbo que quiere hacerse carne: un hijo que se adivina en el seno de la madre.

La palabra es la puerta más grande del misterio, la más llena de alegorías, la más espléndidamente decorada, y la más extraña. Hablada, es como si se viese de frente; escrita, como si se observase su parte interna.

El Amor ha edificado la palabra, porque sólo por el amor habla el hombre. Quiere hablar para confesarlo, y para confesarlo también, se calla. Y en vez de hablar besa.

Sobre la kábala de la palabra, que constituye la oración a los dioses, y sobre la kábala de las palabras que se graban en el amuleto, hay una kábala superior en el valor de las mismas sílabas y en el valor de todos los ideogramas conocidos.

La ciencia del filólogo, sobre la pauta del pensamiento europeo, no vá más allá de una indagación concienzuda sobre el curso que han seguido las razas en el planeta. Los griegos han llegado hasta Italia, hasta Francia, hasta España. Los pueblos del Asia se han derramado so-

bre Europa y América". He ahí el resultado final y definitivo de la gran ciencia de Igg Muller, de los Bournuff de la Whitley.

La palabra sigue invitando a penetrar en el misterio, y aun queda desconocido el valor de su ritmo, la eficacia de su acento y el significado de su signo.

La palabra del filólogo, es una palabra insignificante, aunque lleve en su acento y en su escritura toda la historia de las irrupciones humanas. Porque el hombre no ha llegado todavía a pronunciar la única palabra que desea, a revelar su más íntimo y profundo pensamiento. Toda la acción de los hombres no tiene más fin que una revelación que no se ha hecho todavía sino a pedazos y en fragmentos.

Las palabras más expresivas, las más reveladoras, apenas si suenan en el oído del mismo que las pronuncia.

El *symum* de la confesión egoísta, si no es con frecuencia un pensamiento secreto que jamás revela el individuo a otros semejantes, las razones y los pensamientos propios sobre que funda la fe en sí mismo, es un ronco rugido de dolor que tocando las inflamadas arcadas de la garganta, rueda interiormente como un helmiton envenenado. Y la expresión más completa del amor más intenso, es una desfloración de los labios, sin ruido, sin expresión, ahogada y silenciosa en la que va la vida: el beso.

El egoísmo viene a ser algo así como una afirmación gutural de la existencia; mientras que el amor y el cariño a la fraternidad con los hombres, los animales, las plantas y el mundo, al parecer mejor organizado, es un beso de paz y reverencia a cuanto nos rodea.

Una labialidad en la escritura y en el lenguaje, son desde luego los signos reveladores de una bondad entrañable. Así hablan los niños y los ingenuos que se ceden a los demás, sin doblez ni engaño.

Pero hay más. Hay un arte de unir las palabras, un arte oculto, un arte sin iniciación conocida, por la cual se expresa lo mejor posible cuanto queremos expresar.

La palabra que habla todo el arte del verdadero mago, del mago blanco, del mago bueno, descansa en el acento y en el tono de la palabra. Hay mucha luz en esta hermosa frase de Chateaubriand: "Es el acento lo que convence".

Luz, mucha luz hay también en esas pequeñas iniciaciones de los pueblos, en sus misterios perdidos, donde las palabras del conjuro se cantan o se rezan con un ritmo poético y extraño.

Es probable que el hombre ría y llorase, bese y abrace, acaricie o mate, porque no conoce aún la grande y verdadera palabra que le ha de revelar al mismo tiempo su propio corazón y la entraña del mundo.

El símbolo de lo Supremo se ha representado así con un ojo tranquilo y sereno que escrita lo infinito. Cuando los hombres hablen, es seguro que lo Supremo será representado con un ojo muy grande en actitud de escuchar todo.

¡Oh; oh! El arte no es un puro entretenimiento para los cansados por el trabajo y rendidos por la fatiga; el Arte de verdad es una iniciación religiosa más profunda de lo que puede imaginarse, porque tiende a esclarecer el pensamiento. Es la liturgia de la Verdad, la religión más superior y más amada del hombre.

Rafael URBANO

AÑO I
Precio
U. Telef.
SOCIA
DEM
El social
nes un m
cadamente
"a form
ción socia
nceptión
s aceptar
Estado
tarea de
ones socia
económie
Para los
no res
al. El Est
hoy es la
mo y de
formas,
ernos y c
miten el
arbitrari
nantes".
s" y nom
ntes" del
es la ba
s política
bor están
s desde q
voluciona
os pacífic
er.
La demo
eclaración
re, su igt
stema par
én al pue
ombre sus
tios hagan
glosista
ente socia
prado en
prolas" y
otro, polí
neses, rep
ases eleva
declarado
dores. ¿Q
ntre los t
democrac
Para dis
de la qu
artidos, lo
obligado
democracia
nes" y "
democrac
ón de est
ales de la
n que pc
que efecti
principios
toletaria
es una m
na minorí
er de ma
a discre
a. El mism
unistas"
bra diet
Proletaria